

Prólogo

Hay algo que siempre me ha generado cierta sensación de contradicción. Por un lado se defiende la tesis de que el arte es lo puramente humano, es algo que nunca serán capaces de producir las máquinas (posición que, a día de hoy, empieza a ser discutible), en definitiva, el reflejo de nuestra esencia. En la tecnosociedad del espectáculo, este mantra funciona para convencernos de que podemos seguir por la senda del progreso –técnico– sin peligro alguno pues hay un resquicio de nuestra vida, una dimensión de nuestro ser humano, en la que las máquinas no podrán sustituirnos. Siempre nos quedará el arte, aunque ya no nos quede París.

Por otro lado, cuando voy al museo, muchas veces no siento estar ante lo puramente humano. No siento una reconciliación de mi naturaleza con la que se supone que es la naturaleza *per sé* de nuestra especie. Cuando experimentamos el arte contemporáneo pareciera que tenemos que asumir todo lo que dicen los comisarios para después alabar las obras como hacen ellos. Es decir, primero tenemos que convencernos de que esa obra es buena para, luego, verla buena. En el caso del arte más clásico, tampoco recibo mayor satisfacción porque podría admirar la técnica y la dificultad de pintar un Cristo en una uña pero... ¿es esa nuestra naturaleza? ¿Lo más profundo de nuestro ser es re-presentar?

Este trabajo es un intento de encontrar otro tipo de arte. Un arte que recuerde su potencial, que se centre en los humanos y que aspire a emanciparlos. Si el arte no lo ha hecho aún, entonces debe de estar secuestrado por algo o alguien. Si la esencia del arte es que es reflejo puro de nuestra naturaleza, vamos a intentar liberar esa esencia para que pueda convertir humanos en más humanos (ojalá *demasiado* humanos). Quizá así el arte sea más arte. ¿No es esto la preciada autonomía? Volveremos sobre este tema muchas veces, pero por ahora, está bien así.